

El cuento en Colombia

Escribe: EDUARDO PACHON PADILLA

I — SIGLO XIX

Se ha dicho que el origen del cuento americano debe buscarse en los antiguos relatos de los aborígenes, que después del Descubrimiento, algunos cronistas españoles de los siglos XVI y XVII, transcribieron en lengua romance. Posiblemente también los chibchas, como los mayas, los aztecas y los incas, se entretuvieron en relatos de esparcimiento narrando sucesos de carácter mítico, hazañas de guerreros, prodigios mágicos, etcétera, pero ellos todavía permanecen casi ignorados.

El cuento en América, lo mismo que en Europa, adquiere significación y cierta independencia como género literario, en el siglo XIX, en el período romántico, aunque refundido a veces con la novela corta, la crónica, el artículo periodístico y sobre todo con el cuadro de costumbres, moldeando su forma y su tema, alternadamente, con especificaciones históricas, costumbristas, sentimentales, realistas, naturalistas y hasta estetistas, con el advenimiento del modernismo.

En Colombia, tal vez podría anotarse, como su antecedente más antiguo, las anécdotas, aventuras, amoríos y crímenes, que Juan Rodríguez Freile (1566-1640?) recoge en *El carnero* (escrito en 1638 y editado en 1859), y cuyos espeluznantes episodios fueron la fuente de donde emanaron algunas novelas históricas y cuadros de costumbres de la centuria pasada, aun antes de que fuera publicado, ya que el manuscrito circuló privadamente durante más de doscientos años.

En realidad, la primera narración colombiana es *María Dolores o la historia de mi casamiento* del poeta José Joaquín Ortiz (1814-1892), escrita en 1836 y publicada en 1841, con singularidades de novela corta más que de cuento o de relato, pero que es digna de mención por su destreza en evocar escenarios típicos y la caracterización de algunos personajes, adecuadamente presentados con todos sus prejuicios y defectos, haciendo olvidar con ello el exceso de escenas ridículas y de frases triviales que, por lo demás, no son sino el reflejo literario de la época.

Cronológicamente el costumbrismo en Hispanoamérica surgió con la novela *El periquillo sarniento* (1816) del mejicano José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), aunque su auge solo se obtiene posteriormen-

te, con la influencia de tres escritores españoles, de asidua lectura entonces, Mesonero Romanos, Serafín Estébanez Calderón y Mariano José de Larra, el último de los cuales fue su iniciador en la península en 1828.

En Chile, Perú, Ecuador, Venezuela y Colombia, el costumbrismo proliferó bastante, dada la facilidad de su divulgación por medio del periódico, con la conocida denominación de cuadros de costumbres, por recaer en un acontecimiento prosaico de la vida hogareña, en la pequeña ciudad o en el campo, y en el cual se exalta lo peculiar e inconfundible del ambiente, con la expresa intención de mostrar la fase grotesca de los protagonistas, las pequeñas incidencias del vivir cotidiano y los motivos más sugestivos del color local, dentro de una fórmula especial que daba la impresión de que el lector *veía lo que estaba leyendo*. Por lo demás, el género denotaba una censura social, con el propósito declarado de corregir usanzas arcaicas y perjudiciales.

El primer costumbrista colombiano es Rufino Cuervo (1801-1853), con sus artículos *Sucesos del carnero* y *Un representante al congreso de 1837*, que aparecieron en los primeros meses de 1839 en el semanario *Argos*. Además, a principios de 1840, publicó *El boga del Magdalena*, en *El Observador*. Su coetáneo Ignacio Gutiérrez Vergara (1806-1877), autor de la oda *Elogio del chocolate*, continuó la tarea con otros cuadros, que trataron de pintar ciertas contingencias de la vida santafereña. Mas los buenos exponentes del género solo se revelaron más tarde en el memorable semanario *El Mosacio*, cuya vida, con algunas interrupciones, abarcó desde el 24 de diciembre de 1858 hasta el 14 de enero de 1872, labor recopilada, años después, por José Joaquín Borda en un volumen denominado *Cuadros de costumbres* (Bogotá, Librería de Vargas, García Rico y Cía., 1878).

Es corriente la opinión de que con el estudio de la literatura costumbrista se obtiene una auténtica visión de aquella Colombia de las primeras décadas del siglo XIX, porque representa una valiosa documentación histórica, por la mezcla de incidentes políticos, sociales y religiosos, con otros de inspiración folclórica y anecdótica, sin que por ello sea un obstáculo para resaltar la sinceridad y honestidad, que se observa en la búsqueda constante de los hechos esenciales que conformaron ese período. No obstante, están muy lejos de poseer, la generalidad de sus trabajos, una complicada problemática literaria. En ellos no suelen encontrarse pensamientos o reflexiones sobre el acontecer humano, ni se distinguen tampoco por la factura del estilo y menos aun por la riqueza imaginativa o fantasía. Quizá sus intérpretes únicamente pretendieron ser una especie de fotógrafos de las costumbres, pero retratando tan solo una pequeña parte de la realidad, aquella que es percibida por la vista mediante la simple contemplación de los objetos, prescindiendo totalmente de una exploración más profunda y analítica. Es probable que si se examinan, con cierta perspicacia, las producciones de los escritores costumbristas se hallen pocas diferencias entre sí, ya que disfrutaban de idénticas ambiciones, preocupaciones y prevenciones y hasta de igual cultura.

Tal vez por eso no define la característica de un autor el hecho de encontrar, por ejemplo, que Vergara y Vergara insiste en el suceso legendario, que Guarín prefiera los aldeanos, que Silva trace la trama de un

acaecimiento urbano, o que "Emiro Kastos" apunte los pequeños conflictos sociales de la época, porque, en definitiva, todo viene a ser semejante, casi lo mismo, ya que jamás se entregaron a una investigación exhaustiva de los asuntos tratados. De ese período podría formarse un muestrario ilustrativo con los cuadros siguientes: *Las tres tazas* de José María Vergara y Vergara (1831-1872), *Una taza de chocolate* de Juan Francisco Ortiz (1808-1875), *Historia de unas viruelas* de Rafael Eliseo Santander (1809-1882), *El niño Agapito* de Ricardo Silva (1836-1887), *Una docena de pañuelos* de José David Guarín (1830-1890), *La niña Agueda* de Manuel Pombo (1827-1898), *Mi compadre Facundo* de "Emiro Kastos" (1827-1897), *La carrera de mi sobrino* de José Manuel Marroquín (1827-1908) y *Una ronda de don Ventura Ahumada* (1858) de Eugenio Díaz (1804-1865) que, entre todos, es el único que se aproxima al género cuentístico, porque su engranaje posee un enredo o intriga y sus capítulos están unidos por una misma acción, sobresaliendo la naturalidad y el poder deductivo del personaje principal. En cambio, "Emiro Kastos" en *Una botella de brandy y otra de ginebra* (1859) se acercó más al relato que al propio cuento.

Después de los colaboradores de *El Mosaico* deben nombrarse: Soledad Acosta de Samper (1833-1913), quien dedicó casi toda su inquietud a los asuntos legendarios e históricos, haciendo relevar algunas facetas intrínsecas de la personalidad femenina, como en *Luz y sombra*; Luis Segundo de Silvestre (1838-1887), autor de la novela *Tránsito* (1886) y de varios relatos, entre estos *Un par de pichones* (1886), en donde logró, con maestría, romper el cerco limitado del cuadro de costumbres para transformarlo en una interesante estampa vivaz de aquel tiempo pasado; Clímaco Soto Borda (1870-1919) con su libro *Polvo y ceniza* (1906); y José María Rivas Groot (1863-1923), principalmente, por su cuento *La hora exacta*, de una órbita más generalizada.

II — SIGLO XX

La literatura hispanoamericana, preferentemente la narrativa, se ha preocupado por elucidar dos aspectos fundamentales de su inconfundible temática. El uno se concreta a inspeccionar los diferentes factores objetivos, tales como el medio, el clima y el paisaje, que, con omnipotencia, dominan al hombre americano, el cual se encuentra trágicamente supeditado por un escenario agreste, de naturaleza múltiple, especificada en lo vernáculo, supersticioso, fatal, etcétera. El otro se dirige a lo netamente subjetivo, originado por diversas circunstancias inherentes al hombre mismo, dependientes de estados relacionados con su cultura, carácter, complejos y modos de subsistencia.

De conformidad con estas dos tendencias, una concerniente con lo telúrico y la otra con lo psicológico, sin duda, revisten mayor excelencia intelectual aquellas composiciones comprendidas dentro de la primera clasificación, ya que en el registro de sus valores primordiales participan de todos los hechizos, misterios y terrores, que por su excepcional amalgama reclaman más la atención de los investigadores foráneos, que en medio de esa penumbra han podido captar las manifestaciones esenciales de los fenómenos vitales y problemas íntimos del continente.

Pero últimamente esta narrativa ha escogido una posición adecuada y más realista, avasallada por una auténtica fusión de las causas y motivos característicos que representan sus opuestas inclinaciones, y que consiste en la concomitancia de lo primitivo, geográfico, climatológico, mágico, sobrenatural y demás, con lo señaladamente social, histórico, político, económico, etnográfico, etcétera, creando así una importante modalidad literaria que se logra por la transformación de sus elementos substanciales, ya que se enriquece con la maravillosa concepción que ha diversificado al ambiente genuinamente americano y que alcanza un nóvedoso desarrollo en la verificación de sus planteamientos intrínsecos.

Este básico proceso intelectual, con un complemento de ensueño y fantasía, ha dado positivas y convincentes distinciones en el género cuentístico, tanto que su óptima calidad en nada desmerece del europeo y hasta puede aventajarlo por su contorno disímil. Sus intérpretes han aprovechado también el psicoanálisis y las tendencias literarias que han aparecido después de las dos guerras mundiales, elaborando, con todo ello, un material estrictamente verídico, mediante una organizada selección de arquetipos que reaccionan frente a los diversos estímulos, surgidos en una atmósfera regulada por situaciones adversas, actitudes indescifrables, sucesos extraordinarios, o productos simplemente cotidianos, y que trasladan al hombre a un cosmos regido por vertientes confusas y energías exorbitantes, a través de conflictos reales e inmediatos, que penetran en algunas ocasiones más allá de la denuncia y acusaciones de ciertas obligaciones y responsabilidades, que se reciben por la simple condición humana. Estas disociaciones han consagrado la igualdad ante los mismos problemas universales, que acompañan a todos los habitantes de la tierra.

En Colombia, en las postrimerías del pasado siglo y en las primeras décadas del presente, se manifestó la llamada escuela antioqueña, que supo combinarle al costumbrismo la objetividad del realismo para aplicarlo, con exclusividad, a su comarca nativa. Esta literatura regional legó varios modelos a la narración breve, como *Inocencia* (1904) de Francisco de Paula Rendón (1855-1917), *Madre* (1908) de Samuel Velásquez (1865-1942), *El machete* (1912) de Julio Posada R. (1881-1947), el picaresco *Que pase el aserrador* (1914) de Jesús del Corral (1871-1931), *Sansón montañés* de Alfonso Castro (1878-1943), los relatos mineros y cuentos de "Efe Gómez" (1873-1938), cuya preocupación primordial fue indagar al hombre en medio de sus reacciones de frustración, su *Guayabo negro* (1923) podría considerarse como el primer intento de cuento psicológico; y, por encima de todos, la obra total de Tomás Carrasquilla (1858-1940), el más importante novelista colombiano, por haber captado el heterogéneo y rico lenguaje popular a través de la mágica descripción de los paisajes, lugares y habitantes de su provincia. Sus más logrados cuentos son: *¡A la plata!* (1901), *El ángel* (1914), *El rifle* (1915) y *Palonegro* (1919), que junto con sus relatos: *Simón el mago* (1887), *En la diestra de Dios Padre* (1897), *El ánima sola* (1898) y *San Antoñito* (1899), sintetizan algo de su versátil y fecunda actividad intelectual.

Posteriormente, algunos escritores otorgaron un gran aporte a la cuentística regional, pero ya con alguna complejidad introspectiva, como Romualdo Gallegos (1895-1931), quien en su *Vindicta*, sin salirse de un re-

ducido marco campesino, acertadamente proyectó, en poquísimas páginas, una admirable pintura del infortunio y de la magnanimidad humanas de los menesterosos frente al egoísmo de los pudientes; José Restrepo Jaramillo (1896-1945), calificado como el fundador de la novela psicológica nacional, quien en *Cinco minutos de castidad* hace perdurar ciertas inhibiciones de la adolescencia, ocasionadas por todo ese gravamen de escrúpulos y reticencias que informan los principios de otra clase de educación; y, por último, Eduardo Arias Suárez (1897-1958), quizá la primera figura del cuento colombiano, a la manera "tradicional", por haber creado *La muñeca muerta*, *Envejecer*, *La vaca sorda*, *El gallinero*, *Los espectros*, *Casa de solteros*, *La solterona* y ese relato maestro *Guardián y yo*, que luce por su diafanidad, sencillez, sugerencia, optimismo, bondad, "filosofía" y demás cualidades que lo diferencia de otros de su misma índole.

Desde 1925 hasta el presente, han comenzado a escribirse modelos cuentísticos más acordes con los procedimientos de la técnica literaria y de acuerdo con las preocupaciones imperantes por las transmutaciones efectuadas en la mentalidad de las nuevas corrientes artísticas. Por tanto, el cuento regional amplificó su ámbito hacia un decantado neorrealismo, que se caracteriza por un acervo riquísimo de implicaciones, que se suscitan en el ser humano, marcado con un acento más profundo, el que se refleja mediante la minuciosa observación que se establece entre sus relaciones sociales, políticas, religiosas y económicas y la preponderancia de la influencia ejercida por lo circundante, lo cual puede palpase en obras de contenidos nacionales, como las de Adel López Gómez (1901), Tulio González Vélez (1906), Tomás Vargas Osorio (1908-1941), Humberto Jaramillo Angel (1908), Alejandro Alvarez (1909), Eduardo Caballero Calderón (1910), Antonio Cardona Jaramillo (1914), Jesús Zárate Moreno (1915), Carlos Arturo Truque (1927), y otros más; algunos de una órbita más continental, como las de José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964), Octavio Amórtegui (1901), Augusto Morales Pino (1912), Alberto Dow (1923), Manuel Mejía Vallejo (1923), Antonio Montaña (1932), Gonzalo Arango (1932), destacándose la problemática del universo alternado de Gabriel García Márquez (1927) y los protagonistas de dilatada acción y peligrosa existencia, personificados en contrabandistas y toda clase de hombres de mar y puerto, que retrata Bernardo Restrepo Maya (1910) en sus ficciones, como puede apreciarse en *El descenso* (1938). En otros autores sus consideraciones se convierten en recriminaciones o protestas airadas, como en Antonio García (1912) con su libro *Colombia S. A.* (1934), o un poco más tarde con los trabajos de José Francisco Socarrás (1907), especialmente en *Contrabandistas*, *Viento de trópico*, *El cielo se guardó el agua* y *Apuestas de mal agüero*. En cambio, en otros escritores se enumeran una serie de hechos delictuosos y horripilantes que se han producido por la intensa violencia política, vividos en algunas comarcas de la nación, como se evidencian en *Sangre en los jazmines* y *Espuma y nada más* de Hernando Téllez (1908), *El círculo* de Elisa Mújica (1918), *Un acordeón tras la reja* de Manuel Zapata Olivella (1920). *El acosado* de Mario Franco Ruiz (1921), y tantos otros que han escrito sobre los mismos asuntos vandálicos. Asimismo se ha cultivado, con eficiencia, el cuento extraño y el exótico, como *La tragedia del hombre que oía pensar* (1932) de María Castello, *La grieta* (1941) de Jorge Zalamea (1905), *El regreso* (1947) de Arturo La-

guado (1919), *El pavo degollado* (1950) de Ramiro Cárdenas (1925), *La noche de los alcaravanes* (1950) y *Alguien desordena estas rosas* (1951) del nombrado García Márquez, *Todos estábamos a la espera* (1954) de Alvaro Cepeda Samudio (1926) y *A dónde va Mr. Smith* (1955) de Eduardo Arango Piñeres (1931).

En todas las anteriores producciones se vislumbra un horizonte amplio y libre, que tiene como mira principal el largo proceso del hombre con su corteja de asombro, de sueños y desilusiones, desamparado y trémulo, con la esperanza de encontrar un escape, una solución al inmenso cúmulo de problemas, que lo asedian y envuelven en medio de la angustia y el absurdo que ha invadido al mundo contemporáneo.

(Del libro en preparación *La literatura en Colombia*).